MANUEL APARICI
EN UNA HORA DIFICIL DE ESPAÑA

POR

JOSÉ ARTIGAS

I. Un hombre estrictamente de Dios

El nombre de Manolo Aparici me era familiar ya antes del Alzamiento Nacional, por la admiración que le tenía mi primo Antonio Rivera, a quien se la tenía yo, por mi parte, ya entonces, grande; pero en persona no tuve ocasión de conocerlo hasta el invierno de 1939, creo, o quizá del cuarenta.

Lo que recuerdo muy bien es que era una noche fría de aquel Madrid ya abierto y libre del acoso revolucionario marxista, la utopía de cemento sin luz ni libertad, pero aún áspero, de la inmediata posguerra, el Madrid pobretón que ya nos sabíamos, con todos sus rasgos negativos acentuados, tras los tres años rojos de hambre y terror en que terminaba la II República.

En sus iglesias reabiertas, con sus dependencias mal acondicionadas todavía, sin superar del todo algunos aún una cierta sensación de clandestinidad, nos reuníamos otra vez los Jóvenes de Acción Católica para celebrar nuestros círculos de estudios, entonces no en boga, sino de riguroso precepto, y hablar y discutir sobre actividades y proyectos, antes o después de algún tiempo de oración. A veces, por ejemplo, durante una noche entera ante el Santísimo.

En una de estas sesiones de adoración nocturna —con minúscula—, tal vez ya entonces en la vigilia de la Inmaculada, con el cuello del abrigo subido y una boina hasta los ojos, la noche ya bien avanzada, se presentó en la desamueblada estancia inhóspita, cargada de humazo, pero gélida, donde descansábamos entre turno y turno de vela Manolo Aparici, Presidente Nacional, acompañado

Fundación Speiro

de alguien más que no recuerdo. Venían, con toda seguridad, de alguna otra parroquia cercana, quizá San Martín. La ronda, después de San Ildefonso, continuaría por Maravillas y otras y otras —a pie, desde luego, y, por supuesto, en ayunas, porque entonces regía lo de «la noche antecedente»— hasta el amanecer, en que se celebraba la misa en todas y nos íbamos cada uno a nuestra casa a desayunarnos, dormir un momento para poner un poco a tono el cuerpo y empezar a vivir el nuevo día.

Aquella noche no me fascinó Manolo. No tenía un pronto espectacular. Uno, al fin y al cabo, estaba en la Facultad de Filosofía más atento, quizá en exceso, a otras músicas diferentes, sin duda elevadas también, pero menos celestiales, desde luego. Sin embargo, no dejé de fijarme en la atención que despertaba y la evidente autoridad que se le concedía, aunque tampoco era cosa de sorprenderse demasiado habida cuenta de que era, sin la mínima duda, superior a todos en edad, dignidad y gobierno. Ahora pienso que aquella noche tendría un interés concreto en hablar con quienes fuera de algunas cuestiones determinadas, y yo, nuevo en la plaza, no figuraba en su agenda con nombre propio, porque, como después aprendí, Manolo solía ser muy concreto en sus objetivos y no daba paso inútil ni decía palabra de más, aunque no fuese lacónico, ni cosa parecida. Mucho después supe, por él mismo, de lo que llamaba «predicar desde la barca de Pedro».

Al principio del capítulo V del Evangelio de San Lucas puede leerse que, una vez, estando Jesús junto al Lago de Genezaret, el gentío se aglomeraba en su torno para escuchar la palabra de Dios. El Señor se fijó en dos barcas a la orilla del lago; los pescadores se habían bajado de ellas y estaban lavando sus redes. Subiendo entonces a una de las barcas, la que era de Simón, le rogó que la apartase de tierra un poco y, sentándose, desde la barca, enseñaba a la gente. Manolo comentaba que muy poco de la voz de Cristo podría llegar al relativamente lejano auditorio de la ribera. En realidad, en aquella ocasión, hablaba para Pedro.

Con alguna frecuencia a partir de entonces creí observar que, acertada o no la interpretación de ese pasaje evangélico, él sí hablaba muchas veces en especial para uno o para muy pocos, po-

Fundación Speiro

niendo acentos y matices muy sopesados en sus palabras, aunque tuviese delante un público plural o numeroso. A eso lo llamaba «predicar desde la barca de Pedro», ajustar la dirección del mensaje para asegurarse de su eficacia allí donde la pretendía.

Después tuve ocasión de verle y escucharle en la Diocesana, y no sé si ya en el Consejo Superior; pero la gran oportunidad de conocerlo y tratarlo de cerca me la dio un Cursillo de Adelantados de Peregrino en La Coruña, en septiembre de 1941. Allí convivimos con él, no sé, quizá veintitantos o treinta jóvenes de diversos puntos de España, durante ocho o diez días, supongo; tampoco me atrevo a concretar esta cifra.

Recuerdo de allí y entonces al capellán, un muy joven sacerdote de una gran espiritualidad y muy fácil y bella palabra, don Ricardo Blanco, que falleció hace no muchos años siendo Obispo Auxiliar de Madrid. Y al Vicerrector —magnífico— del cursillo, Angel Vegas. De propósito renuncio a dar ningún otro nombre, porque podría olvidar demasiados; pero a todos los cuento entre mis amigos y alguna vez pido por ellos.

Al final, a cada uno de nosotros se nos acreditó en un documento personal, que «por la gracia de Dios había vivido intensas jornadas de oración y estudio para impetrar del Señor ser Adelantado de Peregrinos». Nosotros adquiríamos uno por uno, con una cierta solemnidad, el correspondiente compromiso: «Prometo hacer de mi vida un continuo caminar hacia Dios, para que por mí haga el Señor a los jóvenes de España, especialmente a los de la Diócesis a que pertenezco, peregrinos de un eterno camino de santidad. Por la gloria de Santa María, Dios ayude y Sant-Yago». «Si así lo haces, que Dios te lo premie, y si no, te lo perdone», nos había ido contestando antes de entregarnos firmado a cada uno el oportuno carné, en cuya portada lucía una finísima viñeta con el crismón en tinta roja y una concha jacobea en negro, sobre el palo de la rho. No sé ya por iniciativa de quién, pero por entusiasta unanimidad, acordamos adoptar el nombre de «Manuel Aparici» para nuestra promoción.

Todos los primeros planos que en La Coruña iba obteniendo de Manolo confirmaban de modo categórico, una y otra vez, que

Fundación Speiro

ante todo era un hombre religioso. Recuerdo su estampa en la capilla. Allí estábamos un haz de jóvenes dedicados con todo rigor a nuestra ocasional tarea. La devoción y el silencio eran la norma durante la misa, las meditaciones o cualquier otro acto de piedad o estudio, por supuesto. A mí me impresionaba, sin embargo, la excepcional concentración que se advertía en Manolo. Me hacía recordar la anécdota de aquel indito que, junto al misionero en oración, pedía silencio a sus compañeros, porque «¡Está hablando con Dios!». Eso me parecía a mí de Manolo, de rodillas, inmóvil y abstraído, fuera del tiempo y el contorno. Pero regresaba, claro. En el cursillo todo tenía que ir puntual y con orden, como iba. Lo que no parecía es que después fuera «otro». No, siempre era él, idénticamente el mismo; no había transfiguración.

Con nosotros después, a renglón seguido, cambiaba el interlocutor, la actitud física, pero me atrevo a decir que, de alguna manera, podría adivinarse que no interrumpía su peculiar íntima gravitación hacia Dios. Al revés, más bien habría de afirmarse que provocaba en su torno una especial «presencia de Dios» que se nos imponía a todos y hacía entender la expresión paulina, que dejo en latín para no renunciar a la, en este caso, impagable equivocidad del verbo *sum*: «*In ipso enim vivimus et movemur et sumus*».

Su figura física no estaba hecha de trazos notables ni llamativos. Más bien alto que bajo, enjuto, con rasgos aristados, ahora pienso si ascéticos, en su fisonomía y un gesto atractivo, simpático, benévolo, afectuoso, siempre acogedor, no sin un algo entre burlón y escéptico allá en el fondo. Era un hombre que estaba de vuelta de muchas cosas, casi todas, y categóricamente de ida de la única que importa. Y hoy se ve todavía más claro, a los treinta años de su muerte. «Ya ves, todo lo de este mundo es sombra que pasa, sólo la Palabra permanece para siempre», me escribirá muchos años después, en muy triste ocasión para mí.

No hacía falta demasiado trato con él para advertir que era un hombre estrictamente de Dios, y yo diría que en tres sentidos: un hombre *para, hacia*; que trae un mensaje, *viene de* y, hasta

Fundación Speiro

donde se puede juzgar, un hombre *habitado por la gracia*: «Es Cristo quien vive en mí». A partir de aquí se entiende su paz, su afabilidad, su temple, su peculiar cálida indiferencia.

II. Esta nada común religiosidad

Esta nada común religiosidad y devoción de Manolo tiene su historia concreta y un origen y desarrollo más o menos bien conocidos. Nunca llegó a ser un descreído total, por supuesto; ni un empecatado, creo yo, por lo que entiendo de lo que algunas veces le escuché; pero sí pasó algunos años tan alejado de la práctica religiosa como para poder utilizar de algún modo el término «conversión», al referirse a su regreso a ella.

Resulta que muy temprano ya, con veinte años, «tenía ya despejado su porvenir y una categoría en la vida», en expresión que él mismo vendría a utilizar después. Pero eso lo había alcanzado a costa de una etapa de trabajo muy duro, y eso explica en notable medida el ablandamiento posterior, y que, en expresión de la época, se aplicara después, tan pronto como pudo, de manera fundamental o exclusiva, a la tarea de «divertirse». Y nunca empleado el término con mayor propiedad.

Si yo tuviera memoria, podría enumerar la dedicación de cada día de la semana, porque él sí la recordaba, claro, y más de una vez salió a colación. Me es imposible reconstruir con exactitud su agenda de entonces, pero sí creo poder dar una relación aproximada: Por de pronto, era un asiduo de «las tardes del Ritz», los sábados, me parece; domingos y jueves la cosa consistía en algo parecido, té con baile —*thé dançant*— otra vez, pero en el Palace; el lunes, o más bien el miércoles, no sé bien, el estreno en el Cine Royalty, en la Calle de Génova; el martes o el viernes el Palacio del Hielo, en la Plaza de las Cortes... El séptimo día no sé, casi seguro otro cine, o baile de nuevo, o iría alguna vez al teatro, o quedaría libre para emergencias... Pero no, creo que no, que no había capítulo de imprevistos. Y lo que desde luego tampoco me suena es que el séptimo día descansara. Ahora, eso sí, manteniendo

Fundación Speiro

siempre un nivel. En el riguroso programa no entraba jamás un bailongo de «señoritas gratis», o *taxi girls,* ni cosa parecida. Era la vida de un joven de «buena familia» de la época, ni un «pollo pera» quizá, de aquel Madrid en que el trabajo dejaba energías y tiempo libres para actividades posteriores suplementarias.

Así iba girando la rueda de su existencia cuando empezó la conversión, porque tuvo su tiempo y sus plazos, a partir de la indiferencia y la frialdad, la distancia: Manolo, dicho simple y llanamente, no ejercía de cristiano, «no practicaba», como se suele decir. No iba a misa y no le importaba la campanada de no asistir con las autoridades y fuerzas vivas del lugar a la Procesión del Corpus, como era uso a la sazón en Muros, donde estaba destinado, por ejemplo. Ni que se lo reprochasen.

Entre los «consejos e indicaciones» que deja a su sucesor en la Presidencia de la J. de A. C., Antonio García de Pablos —cuartillas de valor excepcional, publicadas como apéndice en la *Semblanza Biográfica* anónima editada por la Postulación de la Causa de Canonización del Siervo de Dios Manuel Aparici, Madrid, 1994, a la que haré continuas referencias—, puede leerse: «No olvides que M. A. antes de ser joven de A. C. fue lujurioso, frívolo y pecador; pero que Dios puede sacar con su gracia, de las piedras, hijos de Abraham». Pudiera ser no mucho más que una muestra del habitual exagerado rigor con que las almas escogidas suelen juzgarse.

Le escuché más de una vez que el principio estuvo en unos Ejercicios Espirituales, a los que fue de mala gana, haciéndosele muy cuesta arriba, sólo vencido por la insistencia de su madre, preocupada. Y aún no sé bien si por complacerla o por dejar de oírla. Nada esperaba, claro, de unos curas a los que tenía por aguafiestas profesionales y pájaros de mal agüero. O sin «profesionales», y tal vez «pajarracos», pero la idea era esa, desde luego.

No está segura la fecha, pero debió de ser en 1925. Los Ejercicios, sin embargo, contra toda previsión, hicieron alguna mella. En la *Semblanza,* se puede leer que, tras ellos, «empezó a amar a Jesús y se inscribió en su Guardia de Honor», así con mayúscu-

Fundación Speiro

las. No sé qué significa. Ignoro qué entidad pueda ser esa; y si lo es.

A partir de ahí y durante dos años, por lo que se dice, parece que fue «cayendo y levantándose», hasta unos nuevos Ejercicios, también externos, quizá en 1927 —según leo en la misma *Semblanza*— en los que hizo el propósito de comulgar diariamente durante la Cuaresma. Al terminarlos, además, entró en la Congregación Mariana, *Los Luises,* y ya da la impresión de que su vida empezó a ser, ya para siempre, otra: Durante los años 27, 28 y 29, «subía hacia Jesús».

Cabe quizá subrayar tres momentos marcados y conocidos en su —digamos— «camino de perfección». El *primero* es el día de la Inmaculada de 1927, en que recibe la Medalla de Congregante: En su diario de 8 de diciembre de 1939 —siempre según la *Semblanza*—, escribe: «Hoy hace doce años que María me echó los brazos al cuello, me escogió como hijo». Está claro.

El *tercero* es la decisión de hacerse sacerdote, también puesta por escrito, tomada durante unos Ejercicios Espirituales en Vitoria, el 16 de septiembre del 32: «Si Jesús no dispone otra cosa, yo por mi parte estoy dispuesto a ser ministro suyo, sacerdote secular, para emplearme todo en la salvación de las almas y satisfacer esa sed que se dignó manifestarme... en aquella vela de *Los Luises* en los días de Carnaval». *Sitio,* efectivamente, sería después el lema que adoptase en su ordenación en 1947.

Por cierto, sólo un mes después, el 17 de octubre, anota: «Hoy he empezado a dar clase de latín». En aquel entonces era inconcebible su destitución, después de ser garantía de exactitud, belleza y solemnidad de la Doctrina y la Liturgia durante cerca de diecisiete siglos. Desde 1934, Manolo conservó siempre encendido y muy vivo el recuerdo de miles y miles de voces heterogéneas unánimes en el canto del *Credo in unum Deum. Patrem omnipotentem,* en San Pedro de Roma. Era la percepción inmediata y directa de la universalidad de la Iglesia, la catolicidad, una experiencia que me deseaba y animaba a procurarme.

La tuve no pocas veces muchos años después durante mi estancia en Roma y nunca dejé de pensar en Manolo. Recuerdo con

Fundación Speiro

especial viveza las dilatadas y solemnísimas ceremonias de Canonización de Santos, de entrega de birretas a nuevos Cardenales o alguna sesión pública del Concilio, el grandioso templo iluminado y lleno por los vistosos trajes, ritmos y músicas de pueblos exóticos. Yo mismo asistía desde la tribuna asignada al Cuerpo Diplomático, rodeado por consiguiente también de extranjeros de las más diversas procedencias. De pronto se hacía la unanimidad: *Credo in unum Deum*, o *Pater Noster qui est in coelis*.

Recuerdo también mi primera llegada a Alemania —Göttingen— tangente a su ecuador el siglo. Todas las palabras me eran extrañas, salvo el pequeño haz que constituye el léxico técnico de la filosofía... Hasta que entraba en un templo y escuchaba: *Introibo ad altare Dei*, como si el sacerdote contase ya de antemano conmigo. Como en la verídica anécdota de la aldeana en el extranjero: «El Sr. Cura era el único que hablaba en español». La Iglesia, donde nadie era forastero.

Sin concretar la fecha, queda en medio el *segundo* momento, la «vela de *Los Luises*», a la que hay que reconocer, sin duda, alguna trascendencia. La relata, aunque sin referirse al lugar, ni al Carnaval, Carlos Castro, fervoroso germanista, después fervoroso sacerdote, «vocación tardía» guiado por Manolo en sus primeros pasos hacia el Seminario. Cuando los presenté uno a otro, en los primeros años cuarenta, ninguno de los tres podíamos imaginarnos que, llegada la hora, iba a ser Carlos quien estuviese junto a él para revestirle por última vez con los paramentos sacerdotales.

«A él —Manolo, claro— le tocaba el turno de adoración una tarde y por espacio de una hora. Ya tenía la velada organizada para después de su adoración, irse no sé si a un baile o algo parecido. Hizo su turno de vela, y el siguiente, el que había de sustituirle no se presentó. Como él luego contaba, "no tuve cara para dejar al Señor solo". Pero lo curioso es que el siguiente al siguiente tampoco se presentó. Y Aparici siguió tres horas en adoración silenciosa. Ya no era tiempo de cumplir sus deberes sociales. Salió ya de noche, pero transformado. "Dios y sólo Dios; lo demás es frivolidad, aunque sea inocente". Desde entonces su vida cam-

Fundación Speiro

bió radicalmente. Fue el místico de la Acción Católica y el contemplativo apasionado».

Como los vértices de un triángulo una circunferencia, estos tres momentos determinan el encuentro de un hombre con Dios. Con intención evito decir un alma. Está claro y lo explica muy bien la siempre vigente Escolástica, *philosophia perennis* por otro nombre, el de Leibnitz: no es el ojo el que ve, ni el entendimiento el que entiende, ni la voluntad la que quiere; sino el hombre a *través de, mediante* la vista, el entendimiento o la voluntad: *actiones sunt suppositorum*. La acción es de la persona. Con todo, hay acciones que se realizan con la conciencia en carne viva y otras que se llevan a cabo con absoluto despego, como con ella ausente, tal que «viendo no ven y oyendo no oyen».

Es como una ilustración de la parábola del sembrador, que acude a la memoria: una parte de la simiente fue a dar a la orilla del camino y se la comieron los pájaros del cielo; otra sobre el pedregal, y se secó; otra entre los espinos, que la sofocaron; pero otra cayó en buena tierra y dio el ciento por uno.

El encuentro de Manolo es total. Ha escuchado la palabra de Dios y la ha acogido en su intimidad «no sólo con el entendimiento, sino con el hombre interior entero», como quiere Kierkegaard, como, aparte de su oratoria, gesticulaba el Crisóstomo, «con su total existencia», y da fruto abundante. No se si sobra o importa decir que ello significa ya una dimensión fundamental y estrictamente religiosa y cristiana, y que el Dios que descubre no es la conclusión de un razonamiento, ni una necesidad metafísica, el Acto Puro, ni lo Absoluto.

El proceso no empieza con una preocupación intelectual, espiritual, sentimental; tampoco una necesidad de trascendencia, desde el desencanto o el naufragio. Hoy, casi tres cuartos de siglo después, entre nosotros incluso, es más frecuente la búsqueda de un asidero a partir de una vida que resulta seca, vacía, en precariedad, necesitada en suma. Y nos sorprendemos de la repentina devoción por Sydahrta, el viaje a Katmandú, o la entrega al Islam, de almas a las que lo que les ocurre, ni más ni menos, es que no

Fundación Speiro

se aguantan dentro de su propia piel y sólo les llega un borroso cristianismo social de mercado.

Da la impresión de que a Manolo le sorprende la luz antes de advertir las tinieblas. La radical insuficiencia de su vida la ve después, cuando ya la ha dejado atrás. Vale la metáfora de la luz y la sombra: La sombra es producto de la luz. Cabe pensar que, cuando comienza su vela al Santísimo, no acaba de ser consciente de que, al terminarla, todo lo que en realidad tiene por delante es ir a «comprar alegría» a la tienda de la esquina, «zambullirse en la miseria», según sus gráficas expresiones de tiempos posteriores.

Al abrírsele el oído, al darle la luz en los ojos y empezar a ver y oír viendo y oyendo, lo que en realidad ocurre es que sin vacío que medie, ni cuestión filosófica interpuesta, se produce el descubrimiento del Dios trascendente y personal del cristianismo. Se trata, me atrevería a decir, de un golpe de gracia, una ráfaga de Fe, que le lleva a Jesucristo. De hecho, los momentos decisivos de su «conversión» se producen en el marco de una especial meditación sobre su propia vida y la de Jesús, como son los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, o durante una vigilia ante la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento. Quizá entonces ni conoce los versos de Santo Tomás: *In Cruce latebat sola Deitas, at hic latet simul et humanitas.* Jesucristo es la clave, el primer gran descubrimiento de su Fe.

Dios se le revela rigurosamnte como amor, «que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó de los cielos y fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen: *et homo factus est*». Cuando se penetra de veras esta verdad, sólo hay una respuesta posible: «Nadie puede osar desentenderse de la vida de Cristo como de una meta curiosidad —dice Kierkegaard—. Cuando Dios se deja parir y se hace hombre, no se trata de una pintoresca ocurrencia suya. Dios no sale de aventuras. No, cuando Dios hace eso, ese hecho es lo serio de la existencia. Y lo serio es, otra vez, que cada uno adopte una actitud ante ello». «No podía yo impunemente recibir el Evangelio de Jesucristo», escribe Paul Claudel. «*Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?*», como tantas veces repetiría ante

Fundación Speiro

el altar. No hay más que la propia entrega total, absoluta y sin condiciones. Así parece vivirlo y entenderlo Manolo.

Ovidio escribe en alguna ocasión: «*Video meliora proboque, deteriora sequor*». Pero no es fácil acallar la vieja sentencia socrática, «Nadie hace el mal a sabiendas». Tal vez ocurre que se ve, pero no se ve del todo; se sabe, pero no acaba de saberse. El conocimiento siempre resulta insuficiente y precario. Cuando de verdad se ve y se sabe o se cree, nunca se hace lo peor: «¡Si tuvierais fe como un grano de mostaza ...!». Pero, ¿qué fe tenemos? «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». «Y entonces el dilema es éste —me escribirá en 1964—, o Cristo es Dios o tú y yo y todos esos padres conciliares somos unos solemnes idiotas. Gastar toda una vida en vivir contra corriente de la propia naturaleza y de los criterios de los mundanos, por seguir los criterios de un rústico Nazaretano (*sic*) que acaudilló a un grupo de rústicos galileos y que terminó ajusticiado, sería una inmensa insensatez si ese Nazareno no fuera el Hijo de Dios que ha venido a salvar a todo hombre venido a este mundo».

Manolo adopta una actitud tal y como Kierkegaard, el precursor del existencialismo, demanda. Manolo Aparici empieza a mirar la realidad entera, la vida, todo lo visible y lo invisible, su propia existencia y el marco en el que se desarrolla, desde la Fe. Cualquiera que sea la presión de la circunstancia, que no era leve, la figura se destaca ante un paisaje que es imprescindible tener muy en cuenta, porque Manolo vive, siente, sufre y acusa la sociedad, el tiempo y el lugar que le tocan y gravitan sobre él, no caracterizados por la monotonía, ni la estabilidad. Nada más lógico: «No te pido que los apartes del mundo, sino que los preserves del mal», se puede leer en San Juan. *Años decisivos,* cabe decir con Spengler.

III. La gran convocatoria

Su infancia y su más temprana juventud tienen como fondo guerra en Europa y Marruecos, convulsiones sociales, Versalles, la caída de cuatro Imperios —el Ruso, el Alemán, el Austro-Hún-

Fundación Speiro

garo, el Otomano— y la Revolución Bolchevique en Rusia. Tiene diecinueve años cuando el asesinato de Dato y el Desastre de Annual; veintitrés, cuando comienza la Dictadura; veinticinco, cuando termina la Guerra de Africa; veintisiete, cuando el viernes negro de Wall Street; veintiocho, cuando el Pacto de San Sebastián, y la sublevación de Jaca y el fusilamiento de Galán y García Hernández; veintinueve cuando las elecciones municipales de 1931, el exilio de Alfonso XIII y la proclamación de la II República. Y cuando la primera quema de Iglesias y Conventos, y cuando Azaña afirma en el Parlamento: «¡España ha dejado de ser católica!». Y cuando los sucesos de Castilblanco, y cuando el manifiesto de los intelectuales «Al servicio de la República»; treinta, cuando la disolución de las Ordenes Religiosas, la expulsión de los Jesuítas y el Pronunciamiento del 10 de agosto; y cuando los «tiros a la barriga», de Casas Viejas, cuando la Encíclica «contra el laicismo agresivo de la II República», y cuando el Discurso de la Comedia, de José Antonio Primo de Rivera; y treinta y uno cuando la Revolución de octubre en Asturias, que dejó 1.200 muertos: Ahí, «con la rebelión de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936», sentenció don Salvador de Madariaga, el indiscutido prócer liberal, en su libro *España*.

Manolo tiene treinta y cuatro años cuando el 25 de enero del 36, ante las inmediatas elecciones, Francisco Largo Caballero, llamado «el Lenin español», anuncia: «Si triunfan las derechas no habrá más remisión, tendremos que ir a la guerra civil declarada». Y cuando asume el poder el Frente Popular en febrero y empieza la subsiguiente sanguinaria anarquía denunciada en el Congreso: 269 muertos, 1.287 heridos, 160 iglesias totalmente destruídas, 43 periódicos asaltados, 113 huelgas generales, hasta el 15 de junio. Y cuando las amenazas de muerte a Calvo Sotelo: «¡Su Señoría morirá con las botas puestas!», «¡Este hombre ha hablado por última vez!». «"Señor, la vida podéis quitarme, pero más, no podéis", y es preferible morir con gloria a vivir con vilipendio». Y cuando su increíble asesinato por miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado. Y cuando el Alzamiento Nacional el 18 de

Fundación Speiro

julio; y en octubre, cuando se elegía al General Franco Generalísimo de los Ejércitos, al tiempo que se le confiaba la más alta magistratura del Estado.

En Europa también se anunciaban años negros, que no faltaron a la cita, con el pacto germano-soviético y la invasión de Polonia por las tropas de Hitler y Stalin, y ni fueron breves, ni pasaron sin huella: 30.000.000 de muertos. Desde el excepcional observatorio del Vaticano, el Papa Pío XI tenía que reconocer: «El mundo está profundamente enfermo».

La coincidencia y sucesión de todos estos acontecimientos quizá ayuden a entender que en aquel entonces, en aquella España, en un partido derechista nacido en círculos religiosos, se uniformasen sus jóvenes con atuendo militar y adoptasen el saludo reglamentario en el Ejército del soldado con armas y, bajo el signo de la Cruz de la Victoria —Covadonga, la Reconquista—, convocasen en su himno «Por Dios y la Patria, a vencer o morir».

También el himno de la Juventud de Acción Católica reflejaba el clima y definía una actitud: «Ser apóstol o mártir acaso, mis banderas me enseñan a ser», para terminar afirmando «la misión sacrosanta y divina de vivir y morir por la Cruz». Incluso las chicas andaban a vueltas con lo mismo: «Juventud somos ansia de gloria, resplandor que quedó del Tabor, con nosotras está la victoria, ¡a vencer o morir por amor!».

Por entonces, otras juventudes, las de enfrente, llevaban ya mucho camino adelantado marcando el paso, también de uniforme, con el puño crispado en alto y llamando con bellísimas melodías, no españolas por cierto, «a las barricadas, a las barricadas», «por la lucha final». Eran los que se proclamaban orgullosos, también con música, menos bella, «hijos de Lenin».

La amenaza era real, inmediata y grave, como no tardaría en mostrarse. No se trataba de unas inofensivas diferencias ideológicas superables mediante espíritu de comprensión y ejercicio del diálogo. Lo que estaba *ante portas* era el torvo marxismo totalitario y ateo de irás y no volverás, el terror y la ruina a punto de caer sobre España en 1936 como, ni siquiera hacía veinte años aún, había descargado ya sobre la inmensa extensión de Rusia.

Fundación Speiro

Así las cosas, de los círculos religiosos que frecuentaba o había frecuentado Manolo —*Luises*, A. C., A. C. N. de P.— van saliendo unos u otros para actuar en política. Se trata de luchar por los valores cristianos en la vida pública. Antes de la guerra se constituyó un partido sobre todo, de grandes dimensiones, presuntamente adecuado a las circunstancias del momento. Algo se hizo desde él, pero después de mucho retorcimiento de corazón, negadas nostalgias y peligrosas proclividades, acabó compartiendo el fracaso de todos los partidos establecidos: «No fue posible la paz». Con la hoz y el martillo y la bandera roja, o contra ellos, arma al brazo, quedaba a la intemperie la juventud de España. A eso la habían conducido, no sin irresponsabilidad, entre la ligereza de unos y la incompetencia de otros, algunos intelectuales y muchos políticos.

Después, el Estado surgido del Alzamiento Nacional no sólo tenía por nula toda ley o disposición que, fuera como fuere, entrase en colisión con la doctrina católica, sino que, en palabras del embajador Garrigues ante S. S. el Papa Pablo VI, en tan solemne ocasión como la presentación de Credenciales, «se gloriaba de *sentir* con la Iglesia». Era otra oportunidad especialmente propicia para que muchos, más o menos jóvenes, con intención fundamentalmente religiosa, intentaran carrera en la política. Muchos la hicieron, y no pocos alcanzaron el objetivo propuesto. Otros, sin embargo, se desvirtuaron vencidos por su propia actividad. En la brega política se les habían ido desvaneciendo sus altas intenciones iniciales —*Si salis evanuerit*...— y al final se encontraban desarbolados y sin raíces, muy lejos de la meta prevista...

Se habían disipado quizá un poco y, tal vez incluso sin advertirlo, empezaron a interpretar el advenimiento del Reino de Dios, que el *Padre Nuestro* nos enseña a pedir, un poco demasiado profanamente y a posponer el ejercicio de la caridad a la consecución de muy determinados objetivos «humanos, demasiado humanos». Al final resultó que estaban peleando por una serie de móviles muy oscuros, relativos y equívocos: *Democracia, Libertad, Diálogo, Igualdad, Tolerancia*... como si fueran valores

Fundación Speiro

absolutos y esenciales, y sin reparar en que la enorme extensión de estos conceptos reduce a casi nada su comprensión y habilita para todo género de manipulación, contradicciones y «otros frutos amargos». Ya se sabe: la condena de Sócrates, el voto por Barrabás; los resultados de Múnich, Moscú, Yalta o Potsdam; la licencia para matar los 30.000.000 de la II Guerra Mundial; la luz verde al experimento de las bombas atómicas: 92.000 muertos la de uranio, 40.000 la de plutonio; o el Telón de Acero que, tras consolidar el régimen soviético sobre el inmenso territorio del antiguo Imperio Ruso, aisló además durante cuarenta años, bajo el terror y la miseria, a dos tercios de la superficie de Europa y casi la mitad de su población.

Todo queda sacrificado a una relación de números. Y se produce el curioso fenómeno de que, mientras se reconoce y pregona, con toda la razón del mundo, que el fin no justifica los medios, se acepta, en cambio, que los medios justifiquen el fin. No hay propósito inmoral ni descabellado, con tal de que no se pierdan determinadas maneras para alcanzarlo. Está claro que se da un formalismo en la Política como se da en la Etica —*Der Formalismus in der Ethik*—, aunque de menor grandeza, porque siempre hay ventajistas de la imprecisión con afán de poder, o simple apetito desordenado de figurar y presidir, y no todos los días nace en Königsberg un pensador llamado Manuel Kant.

«Se llama ascético-claustral al cristianismo de la Edad Media, a nuestro cristianismo de hoy se le podría llamar científico-pastoral», se quejaba Kierkegaard en su tiempo, refiriéndose a Hegel sobre todo. A una parte del que ya empezaba en los años de Manolo se le podría quizá haber titulado «ensayístico-social». Y a alguno mediatamente posterior «social de mercado». Después, aún se acentuaría esta tendencia a la secularización de los cristianos en retirada, más atentos a la sacristía y la curia que al sagrario, a las librerías que a las biliotecas y, en definitiva, a la añadidura que al Reino de Dios, sin reparar para nada en los lirios del campo ni los pájaros del cielo. En alguna medida, no pocos eran víctimas, quizá, de una admiración algo desmandada por la crema de la intelectualidad... francesa. En realidad, quizá tam-

Fundación Speiro

poco fueran mucho más lejos sus inquietudes, ni posibilidades intelectuales. Al final J. Maritain acabaría escribiendo *Le Paysan de la Garonne,* pero, como es frecuente en estos casos, el arrepentimiento y rectificación llegaban demasiado tarde, cuando ya se había producido el escape de «humo del infierno».

La incitación a la política, como tantas iniciativas de intención y raíz religiosa de la época, provenía de don Angel Herrera, por el que Aparici siempre tuvo una sincera devoción, aunque no sé, y subrayo el no sé, si total identificación con todas sus actitudes. A mí Manolo siempre me pareció más claro y firme en las suyas. Quiero anotar, en todo caso, que hablando de él, en polémica periodística entonces con alguna alta autoridad civil, y tal vez por eso víctima de algunos ataques acaso exagerados, con enorme respeto y afecto comentó que la hostilidad procedente de hombres de buena voluntad, si es la más hiriente, también es la que más puede contribuir a la santificación, porque con la de los otros ya se cuenta y puede, incluso, inducir a vanagloria. Siempre la perspectiva sobrenatural.

«Cristo no esperó a que se resolviera el problema social en su tierra para predicar el Evangelio», decía Manolo. Por eso, pudo entrar en política, pero no lo hizo. Y no le faltó la ocasión. De hecho tuvo el ofrecimiento de la Dirección General de Aduanas, en el Ministerio de Hacienda, en tiempos de Larraz, que declinó

Su camino, está muy claro, era otro; y sus maneras. Más vasto y lejano su horizonte. Estaba allí, y siempre tenía años cuando y durante; y justo en la edad de la energía, el entusiasmo, la ilusión, la entrega y la eficacia. Pero siempre más atento a otra cosa que a la noticia de la anécdota o el desgarrón de cada día, o la publicación del último ensayo con lo último en ideas del tiempo: «Gris, caro amigo, es toda teoría», parece pensar con Goethe. Él estaba haciendo por el Reino de Dios, seguía estudiando su latín y le importaban no mucho lo que pudieran decir los —por entonces o después, ya no sé— irónicamente conocidos entre los estudiosos como «los nuevos evangelistas de Francia».

Manolo leía, releía y repasaba de continuo, una y otra vez, los Evangelistas de siempre, y los *Hechos de los Apóstoles,* y San

Fundación Speiro

Pablo, y las palabras de la Liturgia, en esa rigurosa y perfecta síntesis de oración y lectura que es la meditación. Ello explica la pasmosa frecuencia y espontaneidad con que le afluían al hablar las palabras exactas de cualquier autor del *Nuevo Testamento.* Unos más que otros, por supuesto. O del *Antiguo.* Desde luego, no creía, como Descartes, que se tratase de algo de tan escaso interés, *de si peu d'importance.* Claro, Descartes, el peligroso genial simplificador, era el príncipe del racionalismo, y no se sabe que aspirante a santo, ni espejo del caballero cristiano. Aunque persista hoy su gravitación incluso en ámbitos donde parece que debería haberse desvanecido hace algún tiempo.

De estas meditaciones procede su actitud. En las circunstancias que por aquellos años vive España, a Manolo le produce especial impresión el pasaje del Génesis donde se narra la destrucción de Sodoma y Gomorra y revela, a mi juicio, el fundamento esencial de su propia ascética y la razón de su apostolado: El problema no es tanto la abundancia de pecadores, como la escasez de hombres íntegros. Sodoma y Gomorra se hubieran salvado, a pesar de su agobiante mayoría de impíos, si allí hubiera habido una exigua minoría de justos. Es necesario un haz de jóvenes decididos a ser santos. Reclutarlo, formarlos, es la empresa que Manolo se propone.

«¿Qué reforma considera más necesaria?», se pregunta cada semana en unas entrevistas de periódico. Las respuestas, en general, cautivan por su generosidad y hermosura y contribuyen a consolidar la fe en la bondad del género humano. «La que borre el hambre de la faz de la tierra», «La del sistema económico», «La social, que acabe con las desigualdades», «La que traiga la paz a todos los pueblos», se lee. Alguna vez, en la reproducción del original manuscrito publicado, es posible advertir incluso algunos trazos borrosos, corridos, aureolados por huellas de humedad... una lágrima, sin duda; o acaso una gota de *whisky.*

La respuesta de Manolo está en unas palabras que su interlocutor nunca olvidó: «Tú por Presidente de Toledo y yo por Presidente Nacional —le decía a Antonio Rivera—, sabemos que el Señor nos llama a ser santos; no sabemos el número que en

Fundación Speiro

sus eternos designios la Santísima Trinidad tiene acordado que sea suficiente para la salvación de España; pero mientras yo no sea santo, puedo ser el único que le falte al Señor». España necesita santos. Razón de más para el apostolado... Y ahí nace también su gran idea de la peregrinación, la gran metáfora de Manolo: «Ir al Padre por Cristo a impulsos del Espíritu Santo, con la ayuda de María ...».

En 1932, en el II Congreso Nacional de la Juventud de Acción Católica, en Santander, con asistencia de tres mil jóvenes, se acordó celebrar el próximo en Santiago en 1937, Año Santo Jacobeo. Dos años después, 1934, Año Santo Extraordinario de la Redención, mil jóvenes romeros de Acción Católica presididos por el Cardenal Gomá, Manolo aún Vicepresidente, llegan a la capital de la Cristiandad: después de la recepción general en la Sala de las Bendiciones, el Santo Padre, Pío XI, saluda a cada uno de los miembros del Consejo. «Todos le besaron la mano —dice la tan citada *Semblanza*—, y a Aparici le puso sus manos en la cabeza. Para Aparici, aquello fue un signo para su sacerdocio. Y para los que lo presenciaron también».

En la IV Asamblea Nacional, Cofrentes 1935, se confirma el propósito de celebrar en Santiago en 1937 el III Consejo Nacional: allí y entonces concibe Manolo la idea de la gran peregrinación. Se trata de proponer a los jóvenes de Acción Católica de todos los pueblos de la América Hispana un magno ideal de recristianización, una tarea asequible al esfuerzo conjunto.

Primero fue aprobada y bendecida por el Cardenal Primado, Gomá, y el Nuncio Tedeschini. Después, a fines de enero en Roma, por el Cardenal Pacelli, Secretario de Estado, y el 1 de febrero por el mismo Padre Santo, Pío XI. Más tarde, en el primer número de la revista *Signo,* el 6 de junio de 1936, con prosa del hoy Obispo Maximino Romero de Lema, Manolo hace una llamada a todos los jóvenes a peregrinar a Santiago en 1937, con motivo del Año Santo Jacobeo... Casi al mismo tiempo se convoca a la Juventud de Acción Católica al III Congreso Nacional: «No os intimide la persecución, el Señor va delante de nosotros para preparar el gran día de Compostela».

Fundación Speiro

Y luego, sin pérdida de tiempo, comenzó la organización. En la Presidencia de Honor figuraban el Cardenal Pronuncio, Arzobispo de Lepanto, Federico Tedeschini, el Cardenal Primado de Toledo, Isidro Gomá, el de Tarragona, Cardenal Ilundáin, el de Santiago, por supuesto, y muchos otros y se había solicitado ya la cooperación de los Cardenales Primados de Portugal, Patriarca de Lisboa, de la Argentina, del Brasil y de todos los Primados de la América Española.

Ultreia se titulaba el bellísimo folleto, a tres tintas, generosamente ilustrado con imágenes y signos jacobeos, en que se hacía la gran convocatoria: «Año Santo MCMXXXVII. Tercer Congreso Nacional de la Juventud de Acción Católica en Compostela —se lee en capitales latinas de especial belleza y finura—. Voz de marcha y aviso de romería que se da a las generaciones nuevas de las Españas». Después sigue ya en caracteres de imprenta, *bodoni* del 12, creo: «Compostela tendrá su Año Santo, en el de gracia de 1937. Allí, con la ayuda de Dios y la protección de Santiago, la Juventud de Acción Católica celebrará su gran Congreso. Ningún sitio mejor que al amparo del Apóstol tutelar para plantar nuestras afirmaciones católicas y españolas. En estas dos ideas, entrelazadas, y en debida jerarquía, aspiramos integrar todos los jóvenes de España. Porque el catolicismo es la esencia de nuestra nacionalidad... España puede realizar su gran misión histórica... Gran misión, de enseñar al hombre de los Continentes nuevos, que somos hermanos, hijos de Dios, y que pueden salvarse, porque a todos ha dispensado la Providencia una gracia suficiente de salvación... Dura es la época que nos ha tocado vivir, y conscientes de nuestra misión, aceptamos las condiciones de vida militante. Dejemos que nos azote una ráfaga de optimismo y ensueño... Llegaremos gozosos a la apoteosis del Pórtico de la Gloria, después de hacer la vía larga del sacrificio duro y el trabajo constante. Como el Hijo del Trueno, cuando el cáliz amargo asome a nuestros labios, digamos *possumus,* porque el viejo lema jacobeo reza: "Dios ayuda y Sant Yago"».

«Este libro salía de las prensas de "Blass, S. A. Tipográfica", el día 11 de junio, festividad del Corpus Christi, año 1936. José

Fundación Speiro

Luis Fernández del Amo dirigió la edición y la ornó colaborando con Turas y Sota, y en un solo espíritu trazaron con sus manos una plegaria de alabanza a Dios. ✠ Lavs Deo».

IV. Pero se interpuso la guerra

Pero se interpuso la guerra: *No fue posible la paz,* como documentaría en su libro don José María Gil Robles, el gran jefe de la Derecha; el mismo que en abril del 36, en el Parlamento, había ya advertido: «La mitad de la nación no se resigna implacablemente a morir», según recogía *El Debate* del día 16. Una guerra, en todo caso, a la que el Arzobispo de Zaragoza, monseñor Doménech, calificó de «Cruzada en defensa de la Patria y de la Religión», en agosto del 36, y «Cruzada por la Religión, la Patria y la civilización», el de Salamanca, Pla y Deniel, en septiembre, y en noviembre el Primado de Toledo, Cardenal Gomá: «Cruzada y no guerra civil».

Una guerra que dio lugar, en la Encíclica de Pío XI, *Divini Redemptoris,* en marzo del 37, a palabras extremadamente duras «contra el laicismo agresivo de la República»: «No ha derribado alguna que otra iglesia, algún que otro convento, sino que siempre que le fue posible destruyó todas las iglesias, todos los conventos y hasta toda huella cristiana, aunque se tratase de los más insignes monumentos del arte y de la ciencia. El furor comunista no se ha limitado a matar obispos y millares de sacerdotes, de religiosos y de religiosas ...».

Y suscitó también la *Carta Colectiva* del Episcopado Español, en julio: «La guerra es como un plebiscito armado. La división en dos bandos es tajante; el espiritual, con la defensa de la patria y la Religión; el materialista, con el comunismo, el marxismo y el anarquismo». «La guerra de España es producto de una pugna entre ideologías irreconciliables». El documento fue firmado por 43 obispos y 5 vicarios capitulares. En realidad, todos los obispos, excepto el Cardenal Vidal y Barraquer y monseñor Mújica, por diferentes motivos. Tampoco lo firmó ninguno de los 12 obispos

Fundación Speiro

entonces ya asesinados. Sí, todavía lo hizo el hoy —con 217 religiosos más— beatificado monseñor Anselmo Polanco, Obispo de Teruel, que pagaría con su vida en 1938.

«Nadie que tenga a la vez buena fe y buena información —afirma don Salvador de Madariaga— puede negar los horrores de esta persecución. El número de eclesiásticos de ambos sexos se ha calculado en 6.800 muertos, equivalente al 13 por 100 de todos los sacerdotes seculares, y el 23 por 100 de los regulares. Pero que durante meses y años bastase el mero hecho de ser sacerdote para merecer pena de muerte, ya de los numerosos "tribunales" más o menos irregulares..., ya de..., ya de..., es un hecho plenamente confirmado». «Nunca en la Historia se vio una matanza de sacerdotes como la que hemos visto en España», escribiría Gomá. Con gran rigor documental, el sacerdote don Antonio Montero, actual Arzobispo de Mérida, publicaba en 1961 *La persecución religiosa en España,* donde, aun faltando nombres, consignaba la muerte por la Fe de 13 obispos, 4.184 sacerdotes seculares, 2.365 religiosos y 283 religiosas. Y hay que añadir aún 249 seminaristas. «... *et pas une apostasie!*», certificaría Paul Claudel en su magistral acta poética, *Aux martyrs espagnols,* traducida con impecable lírica exactitud por el poeta-profesor Jorge Guillén, nuestro primer Premio Cervantes: «Es lo mismo, es igual, es lo que hicieron con nuestros antepasados. / Es lo que sucedió en tiempo de Enrique VIII, en tiempo de Nerón y Diocleciano. ... En esta hora de tu crucifixión, santa España, en este día, hermana España, que es tu día, / Yo te envío mi admiración y mi amor con los ojos llenos de entusiasmo y de lágrimas».

A los religiosos censados había que sumar muchos seglares, entre ellos más de 7.000 jóvenes de Acción Católica que, llegada la hora, habían dicho generosa y categóricamente *possumus,* como Santiago, tal y como se les había propuesto en la convocatoria del III Congreso Nacional. Entre ellos mi vecino Enrique Fernández Muñoz, de diecisiete años, por negarse a prostituir su lápiz haciendo unos dibujos que repugnaban a su conciencia de cristiano. No había bastado el asesinato de su padre, médico militar. Las sentencias las dictaba en cualquier *cheka,* cualquier Tribunal Po-

Fundación Speiro

pular, por el delito de confesarse cristiano, y nunca faltaban unos milicianos, lejos del frente, que las ejecutaban con puntualidad. «En esta ensombrecida ciudad —escribe Joseph Kennedy desde el Madrid cercado—, la religión debe esconderse, disfrazarse, reprimirse, por toda la clase de miedos».

Ahora cabe el falseamiento, el olvido o la ignorancia; pero no hay quien pueda desmentirlo: «Dios mismo, puede destruir Roma, pero no hacer que no haya existido». Y es una irresponsabilidad y falta de respeto a los muertos, a los testigos y a los testigos muertos, la redacción de una segunda edición de la Historia, corregida y abreviada, *à la carte,* según determinadas modas o intereses y preferencias personales. Un ingeniero naval no puede montar la quilla sobre el puente, ni un arquitecto fundar los cimientos sobre el tejado: la piedra, el hormigón, la plomada o el hierro imponen, sin lugar a la excepción, sus leyes; pero cualquier pretendido historiador, político o periodista está en disposición de escribir: «Napoleón venció en Waterloo», o «Napoleón fue derrotado en Austerlitz», y la imprenta lo reproduce con la mayor exactitud. El papel nunca se sonroja.

Así fue y así hay que recordarlo: el Alzamiento Nacional del 18 de julio libró a España de ser, ya en 1936, el primer satélite de la Unión Soviética. Ningún político de ningún partido del «arco parlamentario» —como hoy se diría— tenía ya a nadie tras de sí. Y los intelectuales que pudieron huyeron despavoridos de la zona roja. En total, el número de muertos rozó los 270.000; 140.000 en acciones de guerra. Una tragedia de ese porte, no se puede trivializar atribuyéndola al capricho de un par de precipitados. Era comunismo sí o comunismo no. En muchos casos, vida o muerte. Y esto es tan cierto, que persona tan digna y sincera como el eminente profesor socialista don Julián Besteiro, sin el menor reparo, no dudó en unirse al Coronel Casado en el tardío golpe militar contra el Gobierno del Presidente Negrín, que se había «dejado arrastrar a la línea bolchevique, que es la aberración política más grande que han conocido quizás los siglos». «Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado...», escribía a su esposa, en inolvidable verso, el poeta Comisario Político comunista Miguel

Fundación Speiro

Hernández. Se trataba de evitarlo y que los niños españoles naciesen con las manos abiertas. Y hasta Besteiro estuvo de acuerdo.

«Cruzada y no guerra civil». Por eso, al conocer la noticia de su terminación el 1 de abril de 1939, el Papa Pío XII hace llegar su felicitación al Generalísimo Franco: «Levantado nuestro corazón al Señor, agradecemos sinceramente, con V. E., deseada victoria católica España». Para siempre, y para todos los españoles, desaparecía la amenaza mortal del Comunismo, entonces entero y regido por un inmisericorde Stalin crecido y rampante cuya efigie, con la de Lenin al dorso, y las de Litvinov, Vorochilov, Kalinin y Molotov, había presidido Madrid cerrando la Puerta de Alcalá, y con autoridad bastante para imponer ya en septiembre del 36, el traslado a Moscú de los 510.079 kilos de oro que constituían las reservas del Banco de España.

Por fortuna o providencia, a Manolo la hora del Alzamiento le da en Galicia. Según la tan citada, impagable, *Semblanza,* el 17 de julio había salido de Madrid en el último tren. Tenía entonces treinta y cuatro años; no era edad de combatiente en la Zona Nacional, aunque no faltaron voluntarios incluso mayores. En la Roja sí, porque el altísimo número de prófugos y desertores exigió la movilización de casi el doble número de quintas: veintisiete, por catorce y media. «Todo el Consejo de Jóvenes de Acción Católica va al frente. La Secretaría funciona en "transeúntes", con los convalecientes que descansan unos días de sus heridas, o con los que disfrutan de sus permisos de retaguardia».

«En 1937, en fecha indeterminada, llega Aparici a Burgos e instala el Consejo Nacional en la Plaza de Santa María». Antes ya, con fecha 20 de noviembre de 1936, había hecho reaparecer la revista *Signo,* de la que sólo tres números debían de haber salido antes del 18 de julio, puesto que éste es el cuarto del año I. «Ya está *Signo* otra vez en nuestras manos... Que todos sepan de nuestra ambición... A todos dadles cita en Compostela; que allí, junto al Apóstol, todos los hijos de su estirpe vamos a levantar la gran Cruzada: la reconquista del mundo para Cristo por el empuje y la fe del Alma Hispana». Convertido en semanario, en febrero de 1937 publica ya sus *instruciones a los movilizados,*

Fundación Speiro

en cuyo prólogo puede leerse: «El movimiento actual es una hora de Dios y es menester que no pase sin frutos. Todo joven de Acción Católica, cualquiera que sea el lugar o unidad (militar) en que esté encuadrado, debe no olvidar que es un joven consagrado al servicio de la Iglesia, como apóstol de almas. A los heridos: que vuestro dolor sea "redentor", ofrece a Cristo tus sufrimientos, tan duros, continuos y ocultos. Y ofrece al Padre por Jesucristo ese tesoro por la salvación de las almas, también por los que luchan contra vosotros, hermanos vuestros».

Aquí está en realidad la esencia de los «Centros de Vanguardia»: «Un Centro de Vanguardia es un grupo de jóvenes combatientes unidos por el ideal, sufriendo y elevando los sufrimientos por los propios combatientes, por los enemigos, por salvar almas y redimir a los que luchan contra Dios». Este es el certero testimonio recogido por Antonio Santamaría en una unidad de Requetés. Hasta 456 centros llegaron a funcionar, repartidos por todos los frentes, armas y cuerpos, «gracias al espíritu que supo alentarles Aparici», ya entonces siempre de viaje y en permanente correspondencia con todos.

Conseguida la paz por la victoria, la Juventud de Acción Católica, con más de 7.000 bajas en sus filas, caídos en los frentes o asesinados en las *chekas,* volvía a la costumbre con la responsabilidad añadida de hacer fecunda la sangre de sus mártires. Inalterable y vigente se mantenía el ideal de la peregrinación y se renovaba la convocatoria, sin corrección ni enmienda. Es evidente la identidad de estilo entre el Cursillo de La Coruña en 1941 y la «Voz de marcha y aviso de romería» que se daba «a las generaciones nuevas de las Españas», en 1936. Nada ha cambiado en las ideas ni los ideales. Sólo el trabajo y la responsabilidad han crecido, porque hay que cubrir el puesto de los mártires y responder ante ellos.

Manolo me escribe en noviembre de 1944: «... vencidas esas dificultades que suponían tus deberes de opositor, las almas de los jóvenes tienen derecho a que las sirvas. Formas parte de la promoción de Adelantados que quiso honrarme llevando mi nombre; pero mi nombre tiene una significación: la de ser albacea de los

Fundación Speiro

mártires; yo sé bien para qué dieron su sangre nuestros hermanos, pues quiso el Señor proponerles, por mediación de la miseria mía, la gran Empresa de hacer de nuestra España y de sus hijos, los Pueblos Hispánicos, un solo Pueblo en Misión: la Vanguardia de la Cristiandad, ejemplo y guía del mundo; y por eso os exijo que no hagáis traición a la sangre de los mártires. Os lo exijo a todos los que durante siete años confió el Señor a la caridad que para vosotros puso Él en mi alma; pero de un modo especial os lo exijo a los Adelantados de Peregrinos a los que dediqué mis últimos días de Presidente. Somos, en cierta manera, hijos de los mártires; sin ellos, sin su muerte, no sería posible nuestra vida, y ya que por su muerte vivimos, justo es que esa vida la gastemos en servicio de la Empresa Común por la que ellos lo dieron todo». Sin novedad. Sigue el propósito de la gran Peregrinación a Santiago: la gran metáfora de Manolo, y su bandera.

No hay que asombrarse de la retórica de la época. No es cáscara vacía, sino expresión de un estilo, un modo de ser. Ningún trayecto de la historia resulta de verdad inteligible sin el conocimiento de su idioma. No es sólo el griego para entender a Platón o Tucídides; ni el latín para saber de Roma y los romanos y sus obras, sino que, incluso sin salir de una lengua, hay que extremar la finura para captar la posible evolución del significado de algunos términos cuya fisonomía, sin embargo, permanece inalterable. A la vista está la degradación que han sufrido muchas palabras y expresiones. Lo que se entendía sólo ayer como galantear, o cortejar, *hacer el amor*, por ejemplo, hoy se usa como eufemismo para eludir *apareamiento* que, incluso para oídos hechos al desparpajo habitual, sigue resultando excesivo.

Hay que atender muy bien al contexto y la fecha y tener muy presente que, como enseña el *Eclesiastés*, «Todo tiene su hora y hay un tiempo para cada cosa bajo el cielo». En nuestra época de confusión y ambigüedad, ignorancia y escepticismo —«El principiante debe ser escéptico, pero el escéptico nunca pasa de ser principiante», como dejó escrito Herbart—, hastío, desesperanza y desaliento, tiempo de la droga y el sida, advertir que hubo otra de juventudes de fe resuelta y decidida, con ideales y voluntad

Fundación Speiro

de sacrificio. En los dos bandos. La historia juzgará a los jefes, los que encendieron la hoguera, o no supieron apagarla, y huyeron o se vieron arrumbados: los chicos de veinte años serán todos absueltos y enaltecidos. Incluso los que se dejaron prender en la gran mentira del marxismo, el socialismo totalitario sin rendijas, la negación del espíritu y la libertad y la historia, para empeñarse en la llamada «lucha de clases» y poner su ilusión en el ideal de la igualdad y la dictadura del proletariado. Antes de saber nada, claro, de la *nomenclatura,* sus *dachas* y las *berioscas,* sus tiendas exclusivas.

Prevalecieron las ideas de Menéndez Pelayo, el padre González Arintero, Ramiro de Maeztu, José Antonio, García Morente: «España evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. El día que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectones, o de los reyes de Taifas». «No hay proposición teológica más segura que ésta: a todos sin excepción se les da —*proxime* o *remote*— una gracia suficiente para la salud...». «El hombre es un ser portador de valores eternos, capaz de salvarse y de condenarse». «Y no somos nacionalistas, porque el ser nacionalista es una pura sandez... nosotros no somos nacionalistas, porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos...». Así el aire intelectual, se comprende los términos en que Aparici se expresaba.

Dos o tres años antes —1941—, el padre Llanos había publicado su *Mes de Mayo dedicado a la Santísima Virgen María.* Rezándolo, todos los días nos ofrecíamos a Ella «unidos con nuestros Mártires hermanos y con España tuya», y en el texto de clausura del último, consagrado a la Virgen del Pilar, subrayaba: «No es rara casualidad, sino una Providencia más el hecho de que haya coincidido el Centenario de su venida con el renacer de una España que ha costado la mejor sangre».

Y antes de terminar con la oración final, brevísima, se rezaba un peculiar Padrenuestro y una peculiar Avemaría, cargados de intención y no exentos de belleza: «¡Padre nuestro que estás en

Fundación Speiro

los Cielos! Santificado sea tu nombre por María y por España; venga a nos tu Reino con María y sobre España, hágase tu voluntad así en España como en María. El pan nuestro de cada día dáselo a España necesitada y herida; dáselo por manos de María. Perdona nuestras deudas, los pecados de España, pecados de los ricos y de los pobres; los pecados pasados y los presentes, así como a nosotros (*sic*), a imitación de María, perdonamos a todos, los que destruyeron nuestra Patria y nuestras familias, a todos. Y no nos dejes caer en la tentación de una vida regalada y frívola, en la tentación de modernismos paganizantes, en la tentación de liberalismos engañosos, en la tentación de la injusticia social, en la tentación del odio y división y pugna entre los españoles. Mas líbranos por ruegos de Santa María, Reina de España, líbranos de todo mal: del hambre, la peste y la guerra, el demonio, el mundo y la carne. Amen». «Santa María, Madre de Dios y de España, ruega por nosotros, indignos pecadores que deseamos implantar el reinado de Jesucristo en el mundo, en la hora de nuestra muerte. Amen».

El padre Llanos era, quizá, un poco apasionado y algo proclive a la exageración. En el recordatorio de su primera Misa, le escribe: «A Manolo Aparici, administrador de la sangre de España».

Con mucho acierto juzga, a mi juicio, Abel Hernández, en su interesante libro *El quinto poder*: «La A. C. era, según la fórmula de Pío XI, "la participación de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia". Manuel Aparici, que luego entraría en el seminario como tantos otros militantes, fue el primer presidente nacional en la posguerra de la Juventud de Acción Católica, a la que dio ese aire ascético y heroico». Un aire que va con las circunstancias y, sin la mínima duda, deliberado y querido. En las cuartillas que deja a García de Pablos, le recomienda: «Fomenta en el Grupo —de Propagandistas— el ejercicio de las virtudes heroicas. Es la única manera de que los jóvenes que tengan hambre de santidad no busquen otras obras». «El lema de S. S. Pío XI con los jóvenes, era "siempre más, siempre mejor". Que éste sea tu lema en lo que en nombre de Dios les pidas».

Y no lejos de ahí andaba entonces —1940—, un poco más a

Fundación Speiro

ras de tierra y con pluma menos esplendorosa, en su *Curso Breve de Acción Católica,* el después famoso Cardenal Tarancón: «Los partidos políticos, que fomentaron la división entre los españoles y que tan funestas consecuencias produjeron, han sido suprimidos de nuestra Patria. Hay una organización única, dirigida por el Jefe del Estado, que reune en sus filas a todos los españoles, la Falange Española Tradicionalista y de las JONS. ¿Cuál ha de ser la posición de la Acción Católica y sus relaciones para con ella? ... La Acción Católica debe mirar con simpatía esta milicia y aun debe orientar hacia ella a sus miembros para que cumplan en sus filas con los deberes que en la hora presente impone el patriotismo. No sólo no existe entre las dos organizaciones ninguna incompatibilidad, sino que se complementan mutuamente».

V. "A tiempo y a destiempo"

Sabido es que intentar la santidad o la justicia, tanto da, no es una tarea puramente intelectual, sino más bien cosa de la voluntad, del querer y la gracia: «En el talento —escribe a G. de P.—, muchos te pueden ganar, pero en el sacrificio y el trabajo, si se lo pides al Señor, nadie te ganará». Por eso puede no tener límite su convocatoria para la constitución, de la Cristiandad, «la gran empresa de hacer de nuestra España y de sus hijos, los Pueblos Hispánicos, un solo Pueblo en Misión: la Vanguardia de la Cristiandad ejemplo y guía del mundo».

Manolo estaba con los Evangelistas de siempre. Cuando alguien quería aconsejarse de él y le preguntaba sobre, o por algún libro para la meditación, respondía siempre lo mismo: los Evangelios. Yo creo que le parecía lo más actual. De hecho, con su actitud venía a ilustrar el enunciado genial de Kierkegaard: «Aquello con lo que tú vives simultáneamente es realidad para tí. Y, en ese sentido, cada hombre sólo puede ser coetáneo del tiempo en que vive; pero, además, de otra cosa: la vida de Cristo sobre la tierra; la historia de la Redención se mantiene aislada en sí, fuera de la historia». Justo así era como lo entendía

Fundación Speiro

Manolo: «No te desalientes jamás —le aconseja a su sucesor—. Cuando te parezca que estás solo y te pese la cruz, delante de tu crucifijo de Propagandista, oye como dirigidas a tí estas palabras del Señor: "¿También tú te quieres ir?", y pídele la gracia de contestarle con San Pedro: "Señor, ¿a quién iré? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna"».

A veces podía, claro, incluso pasarse en esta virtud. En aquella ocasión, probablemente habría asistido a misa con él y luego desayunado juntos. Iríamos no sé dónde; o más bien iría él, y yo le acompañaba. No me parece que fuese cuando, ya enfermo, se permitía alguna hora de paseo tranquilo, de vez en cuando. No, seguro que no, porque aún fumaba. Andábamos por la Rosaleda del Retiro, durante una mañana luminosa. Uno de los dos sacó cigarrillos. Ello dio pie a una serie de profundas consideraciones sobre el tabaco: gozos, usos, toses, abusos y secuelas. A mí una vieja echando humo siempre me ha dado la impresión de estar a falta de una bola de cristal y una lechuza, o un loro, o por lo menos un gato, dispuesta a echar las cartas y predecir lo que fuere. El cigarrillo, en cambio, en una delicada fina mano femenina, de piel joven y tersa, y las volutas azules evanescentes emergiendo de una bien definida boquita pintada, resulta la mar de propio y decorativo. Lo malo es, después, el eco en el aliento. Quise conocer su opinión, y escuché una pregunta: «¿Te imaginas a María fumando?», me contestó. «Yo no, desde luego, ¿y tú a Cristo?». Nos sonreímos los dos. No, por lo visto, no nos imaginábamos. Pero la anécdota vale como ilustración de una constante querencia: todo desde la Fe, *sub specie aeternitatis*. Siempre la perspectiva sobrenatural.

Otras veces le salía mejor. Cuando interpretaba a su modo, por ejemplo, una aserción del Kempis: «Los que mucho viajan raramente se santifican». Él, por razón de su cargo, y el extremado celo con que lo atendía, estaba siempre de un lado para otro, de una en otra ciudad; en tren, claro, eran otros tiempos, de muy poco moverse para el común de los mortales. Pero no decaía su moral por eso, y sin discutir con nadie, «Claro —decía—, el que

Fundación Speiro

viaja mucho se santifica raramente». Y así mantenía intacta la moral y podía seguir adelante con su manera de ver las cosas.

Nunca hablaba como uno de sindicatos, ni como un sociólogo, ni como un economista, ni como un alto funcionario, ni un presunto intelectual, sino siempre con una absoluta espontaneidad y llaneza, tal y como le salía a un hombre que sólo pretendía ser signo transparente de Dios, vehículo de la gracia, según el interlocutor, el lugar y la hora. Y siempre era admirable el desprendimiento con que lo hacía, el vacío de sí mismo, la infalible ausencia del pronombre de primera persona, el olvido del yo, piedra angular de la humildad, cimiento y raíz de cualquier otra virtud. Por su insuficiencia se han malogrado hombres muy valiosos y en gran parte ejemplares. Tengo algunos en la memoria que jamás depusieron su vocación de protagonista, nacionalistas de sí mismos, presuntos sarmientos autónomos, siempre aupados y de puntillas sobre el yo, la preposición y el pronombre, «pagados de sí mismos», que decía Manolo, muy en exceso «encantados de haberse conocido», según la certera expresión de Jose María Sánchez-Silva, y estériles al final, porque, «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo ...».

En esta negación fundamenta Manolo su mínima síntesis de urgencia del arte de gobernar, que confía a García de Pablos: «Imita en lo que puedas, en el trato con tus inferiores, a María y a José cuando ordenaban a Jesús. Considéralos mejores que tú».

En la Juventud de entonces, la organización era básicamente parroquial, de modo que en cada Centro, o en la Diocesana, o el Consejo Superior, veníamos a coincidir chicos de la más diversa condición y procedencia, y muy diferente perfil profesional y económico. Juntos y revueltos, allí estábamos notarios y arquitectos en cierne, oficinistas, empleados sin graduación, tenderos, oficiales artesanos y los hijos del bedel o del dueño del puesto de pipas de la esquina. Puede que algunos anduvieran algo mejor de tabaco que otros, pero no se notaba gran cosa, porque, aparte de estar racionado, nadie fumaba menos que el compañero de al lado. Eran, por otra parte, tiempos recios, de general, inevitable, auste-

Fundación Speiro

ridad. Ni por el origen, ni por el destino se establecían allí diferencias: no había discriminación, en palabras de hoy.

En determinadas situaciones o consultas personales, sin embargo, era menester adaptarse. Manolo parecía reflejar de algún modo el magisterio de San Pablo: «Hacerse todo a todos». No se trata sólo del judío y el gentil, el griego y el bárbaro: es el momento, la ocasión. Pero siempre, «La caridad consiste en darse». «Medita sobre cuánto y cómo ama Dios a este joven que tienes junto a tí».

No consigo recordar con exactitud de qué iba en realidad la cosa. Sé que me sublevaba ante la rapidez con que estaba pasando de adherirme con fervor a una determinada actitud, a rechazarla de plano y optar por la contraria, para volver antes de mucho tiempo a la primera con la misma pasión: «Eso no es ni serio, ni tolerable, ni personalidad —venía a decirme—, ¿qué clase de rigor es éste?». Me faltaba, por lo que se ve, mucha vida y mucha lectura. Quizá un poco de Unamuno, nada más. Pero cuando uno está a punto de descalificarse, agradece mucho escuchar palabras de ponderación que infunden tranquilidad y restauran algo la moral. «También puede significar sentido de la justicia que se resiste a precipitarse en un extremo».

Otras veces sus palabras se hacen de propósito más ligeras para articularse con la alegría general y las bromas elementales durante un breve trayecto en ferocarril. Manolo está feliz rodeado de muchachos jóvenes resueltos a vivir en gracia. Vamos de La Coruña hacia la Ría de Betanzos: «Si subes a este tren con una sardina cruda, llega a Sada». O se habla del «tonto por ciento» que hay siempre que tener en cuenta al especular sobre determinados planes o proyectos. Parece ejercer de continuo, sin concederse la mínima pausa, una de las más profundas indicaciones que hace a Antonio García de Pablos, formulada con belleza difícil de superar: «Ama con toda tu inteligencia».

En otra ocasión nos cruzamos con una muchacha extravagantemente vestida. Ya no sé cómo. Entonces no había *hippies*, ni *punks*, ni nada de eso, pero sí, como siempre, desde el principio de los tiempos, personas dispuestas a no pasar inadvertidas, sin

Fundación Speiro

reparar en el precio. Esta chica era una de ellas y alcanzaba sin duda y de sobra su objetivo. No es que pareciera «una cualquier cosa», ni que fuese «hecha una exagerada», expresiones demoledoras en boca de una señora mayor de la época. No era más que un lastimoso ordenamiento del cabello, junto a un llamativo desequilibrio de dimensiones, o unos espeluznantes chirridos de cuadros o rayas o colorines sobre la blusa, las mangas o la chaqueta. La pobre, sin faltar a la moral, ni a nadie, iba de verdad hecha un adefesio. «¿Quién la habrá engañado?», es su lacónico comentario, con una sonrisa inofensiva que no pasa de los ojos.

Cualquier situación es buena. Manolo sigue con puntualidad la instrucción del Apóstol: «*Praedica verbum, insta opportune, importune*». «Predica la palabra, insta a tiempo y a destiempo», con oportunidad y sin ella. Desde el Seminario, por ejemplo, me felicita el último de noviembre de 1944. Me permito transcribir el comienzo de la carta: «Querido Pepe: Aunque con algún retraso, también aquí me ha llegado la noticia de tu éxito en las oposiciones a Cátedras. Mi enhorabuena al nuevo Catedrático; pero ahora ya no tienes pretexto ni excusa para no rendir trabajo apostólico como Adelantado de Peregrinos. Ya tienes despejado tu porvenir y una categoría en la vida y un puesto de gran influencia social. Todo ello dado por el Señor; resta tan solo que desde el primer momento comiences a utilizarlo para su gloria y el bien de las almas».

Y lo mismo, cuando la carta es de pésame, veinte años después: «... aún ahora mismo te estoy escribiendo pero tengo puesto el aparato de oxígeno, con el que llevo ya cerca de quince días, sin embargo llevo ya aplicadas unas quince Misas por el alma de tu madre (q.s.g.h.) y por vosotros sus hijos, para que lucréis todas las gracias que el Señor quiere concederos con esta Cruz.

»Este será uno de los dolores más grandes de tu vida... Pero por este dolor que produce la separación del ser querido puedes alzarte a barruntar el que tú le has causado a Cristo, o tal vez aún le causas, cuando has estado separado de él por el pecado. Y si como espero y deseo estás en gozosa amistad con Cristo, también barruntar algo de lo que sería Getsemaní cuando Él vio esa

Fundación Speiro

inmensidad de almas a quienes la ignorancia y el pecado iban a arrancar de su Corazón Amorosísimo... Ya ves, todo lo de este mundo es sombra que pasa, sólo la Palabra permanece para siempre. Estás en la Roma del Concilio, contémplalo con el ojo limpio y sencillo de la fe ...».

En la vida cotidiana era notabilísimo la naturalidad con que aconsejaba «Pídeselo a Dios», o «Pídeselo a María, ¿qué quieres hacer sin la gracia?», como quien manda pedir una herramienta prestada al vecino, o un ramo de perejil. «Tú no puedes, pero Dios sí puede», solía añadir con una sonrisa incoada, como exculpándose por salirse con algo tan elemental y sabido: «Sin Mí nada podéis». Era su conocimiento de la insuficiencia humana y la seguridad que tenía en la oración: «Conócete a la luz de Dios. Lo tuyo nada, o peor que nada, pero la vocación de Presidente es maravillosa. Si el sarmiento de suyo no puede dar frutos si no está unido a la Vid y te ha escogido para que vayas, hagas fruto, el fruto permanezca, te ha escogido, también, para que tengan una tal unión con Él que le permita hacer circular a través tuyo la gracia que necesita la Juventud de España».

Parece normal en un hombre de piedad. Pero no era sólo eso. Era más, y otra cosa, creo yo. Él atribuía a la gracia una importancia muy superior a la que en la vida diaria se le suele conceder por nuestros pagos. No es, por supuesto, que fuera a poner en tela de juicio, ni mucho menos, la libertad, ni el valor de las obras; pero si no lo entendí mal, él se inclinaba a pensar que quizá desde Trento, en la polémica con el luteranismo, al defender la «fe con obras», se había acentuado un poco de más, abusivamente, la gravitación de las obras, rebajando, en cambio, no valorando en su justa cuantía, o dejando un poco desatendido, tal vez sin la debida advertencia, el papel de la gracia.

Lo consigno con todo género de cautelas, pero siempre entendí que era una razón más, y de peso, de la insistencia con que adoptaba una perspectiva religiosa, sobrenatural, incluso en situaciones en que hubiera parecido obvio no rebasar para nada el plano estrictamente psicológico, por ejemplo: «Ya me figuro que tu alma estará un poco en crisis: la tarea de opositor seca un poco el

Fundación Speiro

corazón. Pero para vencer esa crisis tienes el magnífico remedio de unos días de ejercicios espirituales en santo retiro».

En el lema de la Juventud —«Piedad, Estudio y Acción»—, Manolo el primer término lo consideraba condición. Se trataba de reclutar una minoría de jóvenes dispuestos a vivir en gracia. La imprescindible, por lo menos, para suscitar la misericordia de Dios sobre el mundo herido de gravedad. Los jóvenes de Acción Católica tenían que proponerse además ser apóstoles, y su propia entrega era un supuesto. Esa era su misión y a eso se les convocaba: cosa del querer, la voluntad, y la gracia, que en el joven tenía que rebosar para alcanzar al otro. Y la gracia viene de Dios, hay que pedirla. Eso era todo, o casi todo, en la enseñanza de Aparici: Ser como concha que rebosa. Otra vez el signo jacobeo, del santo de los peregrinos y combatientes, porque la vida es milicia: *Militia est vita hominis super terram,* se lee en el viejo *Libro de Job*. En aquellos tiempos ásperos y difíciles de la ilusión y la esperanza, no costaba entenderlo.

VI. El papel de la Gracia

Desde ahí todo recuerda el «Ama y haz lo que quieras», de San Agustín, Él no, queda dicho, ya estaba de vuelta; pero los chicos de Acción Católica tenían veinte años y estaban sometidos a todas las incitaciones y primaveras naturales de su edad, las tentaciones grandes y los soliviantos menores: Siempre las chicas, con su maravilloso terco y dual atractivo. El joven de Acción Católica pregunta por el baile. Era el tiempo del bolero, con la venia de don Ramón, lento, melódico y sentimental; cursi, hasta donde pueda serlo tomar por la cintura a una muchacha en sazón y mirarla a los ojos. «¿Qué te parece el baile?». «Tú verás si sales con mayor o menor espíritu de apostolado ...». Su canción siempre era la misma. Y nos advertía contra la última tentación, cuando se ha superado ya casi todo o, más bien, se cree haberlo hecho: las zapatillas, el miedo al compromiso, a la entrega, a la santidad que se nos pide: «Somos, en cierta manera, hijos de los

Fundación Speiro

mártires; sin ellos, sin su muerte, no sería posible nuestra vida y, ya que por su muerte vivimos, justo es que esa vida la gastemos en servicio de la Empresa Común por la que ellos lo dieron todo».

Nos reunía una vez al mes, creo, a los Propagandistas, para oír Misa en las Calatravas y desayunar después juntos en alguno de los cafés próximos. Echaba siempre una mirada al misal para medir su grado de desgaste, esto es, cómo iba de uso. Todos teníamos nuestro misal, en general bilingüe. Se había iniciado en María Laach y Beuron un proceso de renovación litúrgica que consistía en gran parte en recuperar el rigor y volver a lo antiguo, lo medieval, gótico, románico, lo paleocristiano incluso. De nuestros círculos habían desaparecido las imágenes y prosas melifluas. La nueva retórica imponía el crismón, el pez, el pan, la espiga y el racimo de las catacumbas, la cruz de Santiago, la pintura primitiva, el *ultreia* de los peregrinos. Entonces se empezaron a usar e imponer las casullas góticas, en perjuicio de las romanas, o «de guitarra».

Aprendimos a seguir la Misa con nuestro misal, bilingüe las más de las veces, y la dialogábamos no pocas, o más bien siempre, fuese en latín o en español. Después dábamos gracias en común recitando el bellísimo, incomparable *Himno de los Tres jóvenes* del *Libro de Daniel,* que cantaban los santos, camino del fuego, bendiciendo al Señor: «Sol y luna, bendecid al Señor; estrellas del cielo, bendecid al Señor», decíamos los del lado de la Epístola: «Hielos y nieves, bendecid al Señor; noches y días, bendecid al Señor», proseguían los del Evangelio: «Luz y tinieblas, bendecid al Señor; rayos y nubes, bendecid al Señor ...».

A menudo se entonaba la Salve: *Salve Regina, Mater misericordiae...,* porque la devoción a la Virgen era una arista esencial en nuestra piedad: «Ave María Purísima», encabeza las cuartillas, de extremado valor, ya he dicho, que deja a Antonio García de Pablos. Y gregoriano, se cantaba gregoriano. En ese maravilloso nivel estético y tradicional, nos hacía sentirnos unidos a los cristianos de todos los siglos, de todos los países. En muchos hispánicos nos constaba que utilizaban nuestras mismas publica-

Fundación Speiro

ciones. Sí, era el común objetivo de la Cristiandad, la peregrinación.

A fructibus eorum cognoscetis eos. Manolo Aparici fue nombrado Presidente de la Juventud de Acción Católica, por lo que sé, el 24 de septiembre de 1934. La recibió con 20.000 jóvenes y 400 centros. Al dejarla el 19 de octubre de 1941 se había multiplicado por cinco el número de afiliados y el de centros: 100.000 y 2.000, respectivamente.

No es esto lo más importante, con ser muy digno de tenerse en cuenta; lo más significativo a mi juicio es que en todos, o en muchísimos, había siempre dos o tres miembros, cuatro, quizá uno solo, que era un seguidor suyo, quizá valga mejor decir discípulo, incondicional, que se hubiera tirado por cualquier ventana a su mínima indicación. Porque yo creo que, como el buen pastor, conocía a todos: «No te importe perder una hora o una tarde de trabajo por recibir las confidencias de un joven, tal vez esa hora pueda suponer haber ganado para la gloria de Dios todas las restantes de su vida». De estos jóvenes salieron muchísimas de las dos mil vocaciones sacerdotales largas que contribuyeron a poblar los seminarios después de la Guerra, las conocidas como «vocaciones tardías»: muchachos ya hombres, no niños, que imprimían un giro esencial a su vida, daban el paso y, en gran número, le precedieron en el sacerdocio. Después, siguió él: «Tan pronto como la obra podía pasarse sin mí, la dejé; mas no para consagrarme a lo mío, sino al Señor y a vosotros y a todas las almas de la tierra», me recuerda en una de sus cartas.

Más de una vez le oí a Manolo hablar de Antonio Rivera. Solía sacar su nombre cuando le exponíamos nuestras críticas a la Juventud de Acción Católica, desde dentro: algunas, con razón quizá; siempre, desde luego, con pasión. También podría mezclarse, aun sin plena advertencia, algo de interés por descargar en la organización los propios fallos personales. Desde dentro se puede ser muy certero, pero también demasiado cruel. «¿Cumple en realidad su misión la Acción Católica?, ¿Sirve para algo?». «A tu primo sí le sirvió», tenía que escucharle.

Antonio Rivera, me atrevería a decir, fue un acabado ejem-

Fundación Speiro

plo de discípulo de Manolo Aparici. No digo que no haya más en él, ni que eso en él sea todo. Tenía, por supuesto, otra vida, otros amigos, otras lecturas... pero me consta el trato que tuvieron —Antonio era Vocal del Consejo Superior, además de Presidente de la Junta Diocesana de Toledo— y la ascendencia que sobre él ejercía. Mediaba una diferencia de catorce años de edad. Antonio también era un frecuente meditador sobre la destrucción de Sodoma y Gomorra. Siempre tuvo muy presentes las palabras de Aparici.

Hacia fuera era un muchacho de aún no veinte años, abierto a todo y a todos que parecía poseer el don que Kierkegaard se atribuía a sí mismo y, en tal grado, que se atrevía a calificarlo de genialidad: «Ser capaz de entenderse con cualquiera», cualidad sorprendente en un chico de su extremada juventud, muy apegado a la familia, que estudia su carrera —Leyes— por libre, sin frecuentar un exceso la Universidad. Pero le da igual el talante y el trabajo, la edad y la condición de su interlocutor, un intelectual o un legionario descreído, siempre con todos hay encuentro. Quizá porque empieza por escuchar a todos. Porque todos le importan: «No te importe perder una hora ...». Antonio parece sabérselo de antemano.

La guerra se enciende en Toledo al negarse el Coronel Moscardó a entregar las armas del Ejército a los Sindicatos, según le ordenaba el Gobierno de Madrid, y hacerse fuerte en el Alcázar. Antonio, al oirlo, recoge su cilicio, un rosario y los Evangelios y se une a la lucha contra la Revolución Roja. El rezo del rosario sería semanas después casi su única anestesia mientras le amputaban el brazo izquierdo en un sótano, a la luz de un candil.

En tanto, desde el primer día, con la muerte al lado, habla de Dios a sus compañeros: «Tirad, pero tirad sin odio», dice. Allí hay también otros treinta chicos de Acción Católica como él y celebran ya la vigilia de Santiago: sin duda, el primer acto del primer Centro de Vanguardia: «Estemos donde estemos, Ejército, milicias o cárceles, siempre se podrá formar grupos de jóvenes que constituyan centros de Acción Católica», había escrito ya en abril, en aquella primavera torva, sin sombra de sonrisa.

Fundación Speiro

La herida de Antonio no fue nada casual. Nada es casual en los últimos meses de su vida. Un alma noble jamás delega la responsabilidad. Por eso, en un momento dado decide extremar el valor. Quería levantar algunos ánimos tristes y corazones abatidos desde la visita, ocho días antes, del Canónigo Vázquez Camarasa: «Bajaba un sacerdote por aquel camino —ya se sabe, de Jerusalén a Jericó— y lo vio; pero pasó de largo». Después, ya liberado el Alcázar, y tras varias semanas de sufrimiento en su casa, inerme ante la infección, muere en olor de santidad besando largamente una estampa de la Milagrosa. Con su último aliento, aún consigue musitar: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España!». *A fructibus eorum*...

Era el 20 de noviembre de 1936, fecha en que, sin saber qué día era, reaparece *Signo*. Su contraportada, tras una breve noticia de Antonio, aún sin saber de su muerte, claro, termina así: «Mientras tanto, a 300 kilómetros de allí, del corazón de otro joven de Acción Católica salía esta oración, que ha sido enviada a todos los frentes: "Señor, que mandas amar a nuestros enemigos y no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva: atiende a nuestra oración y concede la gracia del arrepentimiento final a los que mueren luchando contra Tí en el campo de batalla. Brille la misericordia divina junto a la justicia humana, para que nuestros enemigos no sean tan desgraciados que, al perder la vida temporal pierdan también la eterna. Unimos nuestra súplica a la que te dirigió Jesucristo desde la Cruz cuando, mirando a sus verdugos, pedía perdón por ellos. Te lo pedimos a Tí, oh Dios de los ejércitos, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén"».

Es una insuperable cumbre de espiritualidad, sin duda, pero dentro de un paisaje homogéneo. En la «Oración por los muertos de la Falange», se decía: «Víctimas del odio, los nuestros no cayeron por odio, sino por amor, y el último secreto de sus corazones era la alegría con que fueron a dar sus vidas por la Patria. Ni ellos ni nosotros hemos conseguido jamás entristecernos de rencor ni odiar al enemigo, y Tú sabes, Señor, que todos estos caídos mueren por libertar con su sacrificio generoso a los mismos que los asesinaron ...». Incluso los de «Dios, Patria y Rey» —los

Fundación Speiro

Requetés— combatíamos sólo y sin más por Dios y por España. Y todos con el dolor y el perdón por delante. Nuestro enemigo nunca fueron otros españoles adversarios políticos, sino sola y exclusivamente la línea bolchevique, el marxismo y la barbarie que amenazaban a todos. Por eso se llamó Guerra de Liberación. O Cruzada, según tantos Obispos.

Esa era «la legitimidad política surgida el 18 de julio de 1936, en medio de tantos sacrificios, de tantos sufrimientos, tristes, pero necesarios para que nuestra patria encauzase de nuevo su destino» que, al aceptar la herencia ante las Cortes Españolas, reconocía S. M. el actual Jefe del Estado Español, don Juan Carlos de Borbón. Perdón, lo hubo siempre. Y cristiano olvido deliberado.

VII. Vocación refrenada

Un inocente juego de palabras, como el que él se permitía con Kempis, autoriza a señalar que Manolo no sólo fue un extraordinario Presidente de la Juventud, sino un Presidente extraordinario. No sólo de extremada gran calidad, sino de género insólito. Por de pronto, quizá deba anotarse que Manolo nunca fue un joven normal de Acción Católica, porque sencillamente, ya no era un joven cuando ingresó en ella. Aparici era un Presidente extraordinario por su edad, claramente por encima de la de todos los asociados, creo. No era uno más. Era en, todo caso, si se quiere, el hermano mayor, pero muy mayor. Y la Presidencia la ejercía desde ese supuesto. Capaz, sin duda, de haber llevado adelante multitud de empresas de diversa índole, yo no me lo imaginé jamás dirigiendo nada que no fuese la Juventud de Acción Católica. O algo muy parecido.

Y además era una vocación sacerdotal refrenada, como se sabe. No era cosa de que se hablara, que yo recuerde. No estoy seguro de que yo mismo llegase a comentarlo con nadie. Si acaso, sería muy poco. Tal vez no queríamos ni pensar en su eventual ausencia. Pero era patente que Manolo sólo estaba esperando la ocasión y licencia para ingresar en el Seminario. La ofrenda estaba hecha.

Fundación Speiro

En ningún sentido era ya un joven: ni por la edad, ni por la indefinición ante el futuro. No tenía día de mañana incierto, sino en la medida en que lo tiene todo hombre que viene a este mundo y mientras permanece en él. Ninguna niña alrededor, como nosotros. Él estaba ya definitivamente entregado a Dios, y de tal manera, que ni se reservaba la decisión de fijar por sí ni el modo, ni la hora. Esa era, claro, su enorme seguridad, la certeza de que estaba, con que estaba, en su puesto...

Recuerdo con vaguedad mis últimas horas con Manolo. Desde el extranjero, donde estaba mi trabajo, mi costumbre era venir a Madrid dos veces al año. Solía visitarle. Muy pronto cayó enfermo. Agradecía mucho que se le fuera a ver. Iban el Cardenal de Toledo, Pla y Deniel, Martín Artajo, aunque era Ministro... Otros, por lo visto, tenían menos tiempo, aunque también serías responsabilidades. Y él los echaba de menos. Recuerdo haberle llevado en coche a alguna terraza de Puerta de Hierro, cuando el tiempo era bueno. Hablábamos; yo sobre todo le escuchaba: Amor, amor de Dios era su tema constante. Más de una vez tocamos el tema de «la cuestión social». Manolo era muy sensible a las escandalosas injusticias, a nuestra indiferencia y frialdad ante ellas; pero «Cristo no esperó a la solución del problema social para predicar el Evangelio», era su conclusión. Es decir, hay una primacía inmediata, ineludible y urgente.

Dos meses antes de su muerte me dio, con mucho retraso, el pésame por la de mi madre: Amor de Dios. Fue lo último que supe directamente de él. Desde entonces, nos falta. Pero estoy seguro de que desde allá arriba, junto a los mártires, en la presencia de Dios, vela por nosotros y nos alcanzará el perdón por nuestra tibieza y la cicatería de nuestra respuesta a su magisterio y ejemplo.

Fundación Speiro

NOTA

La intención y naturaleza de este trabajo creo que permiten eximir al eventual lector de la molesta llamada a pie de página o final del escrito, cada vez que se hace referencia a un texto ajeno. Esto, sin embargo, parece oportuno dar la procedencia de algunas citas. Y como, a estas fechas, me resisto a dar por sabidos o recordados con aceptable exactitud no pocos hechos y dichos en modo alguno insignificantes, enumero a continuación algunos de los lugares donde pueden encontrarse.

El texto de D. CARLOS CASTRO se contiene en su *Testimonio* para la Causa de Beatificación de Manuel Aparici.

Los de SOEREN KIERKEGAARD se encuentran en las páginas 49, 29, 53, 54, 29 y 32, de mi traducción de la obra de THEODERICH KAMPMANN, *Kierkegaard como educador religioso,* C.S.I.C., Madrid, 1953.

PAUL CLAUDEL: *A los mártires españoles.* Versión española de Jorge Guillén. Secretaría de Ediciones de la Falange. Sevilla, 1937, 29 de octubre. Original francés en *Poèmes et paroles durant la Guerre de Trente Ans.* nrf. Gallimard, 16 éd., s. d.

SALVADOR DE MADARIAGA: *España. Ensayo de Historia Contemporánea,* 15.ª ed., Espasa-Calpe, Madrid, 1989, págs. 363 y 418.

JACQUES MARITAIN: *Le Paysan de la Garonne.* Desclée de Brouwer, París, 1966. Versión española, misma Ed., Bilbao, 1967.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los Heterodoxos. Epílogo.*

RAMIRO DE MAEZTU: *Defensa de la Hispanidad.*

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA: *Discurso de clausura del II Consejo Nacional de la Falange,* en el Cine Madrid. *Obras completas.* FET y de las JONS, Madrid, 1942, pág. 125.

MANUEL GARCÍA MORENTE: *Ideas para una Filosofía de la Historia de España,* Rialp, Madrid, 1957.

Sobre ANTONIO RIVERA, principalmente: JOSÉ MANUEL DE CÓRDOBA: *Un católico en la gran crisis de España,* Diputación Provincial de Toledo, Toledo, 1963 y MARÍA DE PABLOS RAMÍREZ DE ARELLANO: *El Angel del Alcázar,* Madrid, 1987.

JOSÉ M.ª GIL ROBLES: *No fue posible la paz.* Ariel, Barcelona, 1968.

Fundación Speiro

VICENTE CÁRCEL ORTÍ: *Mártires españoles del siglo XX*. BAC, Madrid, 1995.

ANTONIO MONTERO: *Historia de la Persecución Religiosa en España, 1936-1939*. BAC, Madrid, 1961.

JOSÉ M.ª CARRASCAL: *Los Kennedy en la Guerra Civil Española*. En la revista *Blanco y Negro*, Semanario de *ABC* de Madrid, núm. 3.986, de 19 de noviembre de 1995.

IGNACIO ARENILLAS DE CHAVES: *El proceso de Besteiro*, Revista de Occidente, Madrid, 1976, págs. 172, 174 y 288.

MIGUEL HERNÁNDEZ: *Canción del esposo soldado*, en *Viento del Pueblo*.

INDALECIO PRIETO: *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, Planeta, Barcelona, 1989, págs. 23-25.

RAMÓN SALAS LARRAZÁBAL: *Pérdidas de la Guerra*. Planeta, Barcelona, 1977 y *Los datos exactos de la Guerra Civil*. Col. Drácena, Madrid, 1980.

JOAQUÍN ARRARÁS: *Historia de la Segunda República Española*. Cuatro tomos, 5.ª ed., Editora Nacional, Madrid, 1970.

RICARDO DE LA CIERVA: *Nueva y definitiva Historia de la Guerra Civil*. Epoca, Dinpe, Madrid, 1986.

Fundación Speiro